

Entrevista a Héctor Gallo¹

Abril 18 de 2009. Cali, Colombia

Manuel Alejandro Moreno
Aldemar Perdomo

Héctor Gallo es Psicoanalista, Sociólogo de la Universidad Autónoma Latinoamericana. DSU y DEA en Psicoanálisis de la Universidad París VIII. PhD. en Psicoanálisis de la Universidad Autónoma de Madrid. Profesor del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia. Miembro de la Nueva Escuela Lacaniana (NEL) de Medellín y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Entre sus publicaciones se encuentran: *Usos y abusos del maltrato; Maltrato infantil: teoría y clínica psicoanalítica; El sujeto criminal: una aproximación al crimen como objeto social*, entre muchas otras. Recibió el premio de la Alcaldía de Medellín a la investigación con mayor impacto social en el año 2007 por su trabajo “Dinámicas de guerra e iniciativas de paz en la Comuna 13 de Medellín”. Así, cuenta con una amplia trayectoria clínica e importantes aportes teóricos al psicoanálisis, a las ciencias sociales y a la sociedad en general.

En el marco del II Seminario Latinoamericano de Psicoanálisis: El Psicoanálisis, el Amor y la Guerra, realizado en la Universidad de San Buenaventura Cali en abril de 2009, los participantes del Colectivo de Análisis Lacaniano –CANAL– conversamos con el psicoanalista colombiano Héctor Gallo. Nos contó sobre su historia de formación como psicoanalista, sobre sus apreciaciones acerca de la historia y el desarrollo del psicoanálisis en Colombia y precisó algunas recomendaciones para consolidar el ejercicio de difusión y transmisión del psicoanálisis de una manera ética y responsable. Agradecemos al doctor Gallo por compartir con nosotros su experiencia de una manera tan desprevenida. Sus palabras constituyen un

aliciente en la travesía que emprendemos por el psicoanálisis.

Manuel Moreno: Nos gustaría en principio conocer cómo fue su ingreso en el psicoanálisis. ¿Cómo conoce usted el psicoanálisis?

Héctor Gallo: Esto comenzó en un momento de la vida en donde todavía había una idea en Colombia de lo que podía aportar a la formación de una persona la cuestión autodidáctica. Ustedes aquí en Cali tuvieron a Zuleta, que era un autodidacta en la relación con el saber y de alguna manera una de las primeras personas que habla de Lacan aquí en Colombia, y a quien debemos el intento de relacionar a Freud con Marx y las relacio-

• Fecha de recepción del artículo: 18 de junio de 2009. • Fecha de aceptación: 17 de diciembre de 2009.

MANUEL ALEJANDRO MORENO. Psicólogo de la Universidad de San Buenaventura, seccional Cali. Estudiante de la Maestría en Sociología de la Universidad del Valle. Profesor de la Universidad de San Buenaventura, seccional Cali. Participante del colectivo de análisis lacaniano, CANAL. Correo e: mamoreno@usbcali.edu.co - **ALDEMAR PERDOMO.** Psicólogo de la Universidad Cooperativa de Colombia. Participante del colectivo de análisis lacaniano, CANAL. Correo-e: aldemarperdomo@hotmail.com

1. Entrevista realizada por Manuel Alejandro Moreno. Estructuración y Transcripción: Aldemar Perdomo y Manuel Alejandro Moreno. Establecimiento de texto: Manuel Alejandro Moreno con la colaboración del colectivo CANAL.

nes con la literatura misma, es decir, articular el psicoanálisis, la literatura y el marxismo. En Medellín teníamos a Antonio Restrepo, prácticamente quien se había encargado de publicar las cosas de Zuleta.

Justo en este momento la Universidad Nacional y la Universidad Piloto hacen un curso este año dedicado a los que ellos llaman los Maestros de la Sospecha: Freud, Marx y Nietzsche. Invitan a gente especializada en Nietzsche, en Marx y en Freud (especializado es una palabra que no me gusta mucho; en todo caso, lectores). A mí me toca estar en mayo y la pregunta es: ¿En qué Freud es de actualidad? Esa es la conferencia que yo voy a dictar.

Esto se hace en la fundación Antonio Restrepo, quien era otro autodidacta. Cuando salió toda la reglamentación de que era necesario tener un título para poder seguir de profesor, a él le tuvieron que dar un Honoris Causa para que no lo echaran de la universidad. Jorge Alberto Naranjo igualmente es una autodidacta, es decir, personas muy eminentes que no tienen ningún título.

Este curso es fuera de la universidad, lo cual me parece una experiencia interesante. Lo toman todos los muchachos de la Nacional que están en distintas carreras; es una cosa opcional en ciencias humanas e incluso en otras áreas. Son unos doscientos cincuenta o trescientos muchachos los que asisten a ese curso y hacen talleres preliminares con los profesores para cada conferencia.

Bueno, todo eso es para decirles que mi relación con el psicoanálisis no comenzó en la universidad, no comenzó con una persona a la que uno le atribuyera un saber psicoanalítico, sino que comenzó fuera de la universidad. Yo ni siquiera estudiaba en la universidad. A mí me pasó una cosa muy particular (y es el primer lugar donde lo cuento públicamente): me echaron del colegio más o menos en tercero de bachillerato y me quedé once años sin estudiar, de los trece a los veinticuatro años más o menos; es decir, sin estudiar en la academia.

A partir de ahí me puse a trabajar con un tío colocando canoas en los techos, cosas de latonería. Me volví doblador de láminas de las canoas, aprendí esas cosas. Ahí estuve más o menos unos cinco años, es decir, la adolescencia la pasé trabajando con él. En algún momento mi mamá estaba yendo a unas cosas de teología, unos cursos de teología bíblica en los que estaban estudiando a San Juan. Mi hermana también asistía. Era en algo que se llamaba Fundación Almuerzo Navideño, una fundación de Medellín –no sé si todavía existe– que hacía casas para personas de escasos recursos. En el local de la fundación se reunían a estudiar teología bíblica; se lo prestaron al señor que hacía eso.

Una vez yo fui y el señor resultó que era un cura. Eso era una mezcla de lo que hacen los gringos como método de ayuda, una especie de psicología social, de asunto social. Fue ahí donde escuché por primera vez la palabra Freud.

Lo de San Juan no digamos que era un gancho o un medio para hablar de Freud porque el señor aquél era religioso; tenía periodos en que le daba por lo irreligioso y periodos muy religiosos. No se había ordenado todavía. Hablaba de Freud, métodos de ayudas y San Juan. Así que teología bíblica y a su vez Freud, psicoanálisis y las pulsiones, y al mismo tiempo ayuda social y samaritana. Allá asistían amas de casa, vendedores ambulantes, gente muy del común. Era algo muy marginal. Asistían también obreros, gente que trabajaba en las fábricas, gente sin trabajo, y a veces aparecían de pronto estudiantes de bachillerato y alguien como yo que era un obrero, un muchacho normal que trabajaba en un taller de estos de por ahí por Guayaquil.

A estos espacios llegó gente muy inteligente, y también gente que estaba en la guerrilla, en la militancia urbana. Gente, por ejemplo, como León Zuleta, que fue el fundador del movimiento de liberación homosexual en Medellín y en Colombia. Él es uno de los líderes del movimiento de liberación homosexual, y ahí estaba. Gente así, con todas esas particularidades, fue llegando.

Ese cura después resultó ser un paranoico, un psicótico, pero un tipo brillante, inteligente. Ahí llegaron varios psicóticos también, por ejemplo Jaime Burgos, el primero con el que escribimos un libro cuando teníamos como veintiún años. A él se le desencadenó la psicosis en París. Entonces, Jaime era psicótico, el cura era psicótico y otros psicóticos que aparecieron en el camino (risas).

Ahí empezamos a estudiar a Freud y al mismo tiempo otras cosas. Eso era una militancia, porque empezamos a hacer cursos en los barrios, especialmente en sacristías y en espacios de las iglesias, en casas curales. Decíamos que íbamos a hacer algo de teología y de San Juan y estudiábamos era psicoanálisis, y cuando a él le daba esa ventolera de lo religioso nos ponía a estudiar cosas religiosas, de teología y nos llevaba a la iglesia y hacíamos meditaciones para capturar a los malos espíritus que nos estaban persiguiendo (risas). Era un asunto bien particular, incluso porque los estudios que hacíamos intensivos, de todo un día, eran en los días que nadie estudiaba: 24 de diciembre, 31 de diciembre, es decir, todo lo que fuera contracultura, contra lo que se usa, lo que se establece, lo que acostumbra la gente. Este hombre lo hacía de esa manera.

Entonces, nos repartíamos en los barrios populares de Medellín. Era una banda de muchachos estudiando psicoanálisis en esa época, más o menos haciendo con el psicoanálisis lo que hacían las milicias populares. Digamos que en lugar de estar politizando a la gente —porque ya en esa época encontrábamos en la comuna nororiental y en distintos lugares personas y muchachos militantes— nosotros estábamos era estudiando el psicoanálisis. Muchachas y muchachos de quince, dieciséis, diecisiete años; yo tenía quince o dieciséis. En eso llegó Mario Elkin Ramírez y se encontró con el psicoanálisis y con nosotros que éramos dizque los profesores.

Éramos muy marginales al movimiento psicoanalista. La primera vez que aparecimos en público fue en 1981 en la Universidad Piloto. Hicimos una revista que se llamaba *Elementos*, con los conceptos de Laplanche y Pontalis organizados, por ejemplo, los que

tenían que ver con la sexualidad y los que tenían que ver con la agresividad. También se hizo algo sobre el padre. Había unas cuatrocientas personas y aparecimos nosotros, todos “peladitos”, y sorprendimos a todo el mundo, porque la gente que en ese momento estaba en el psicoanálisis estaba con los Nievas, argentinos que vivían en Medellín y tenían a toda la burguesía en la mano. Nosotros éramos lo marginal en el psicoanálisis. ¡Claro, muchachos que no estábamos en análisis sino que éramos teóricos del psicoanálisis!

Para resumir, lo que les quiero decir con esto es que la entrada al psicoanálisis es muy particular. No hay una manera especial, no hay una forma; cada quien entra de manera particular y de manera coyuntural en un instante de la vida. El primer libro que yo leí fue *La interpretación de los sueños* y no entendí nada ¿Qué va uno a entender en *La interpretación de los sueños*? Es como cuando quienes se acercaron a Lacan leyeron los *Escritos* ¿Qué iban a entender? Y sin embargo, hay una cosa que nos fascina y que no sabes por qué, es una cosa que te captura en un instante de tu vida cuando estás en una búsqueda, es como que algo te está tocando en relación con la existencia y no sabes qué estás buscando.

Así, la palabra Freud se convirtió en un significativo y enseguida empecé a leer la correspondencia. Es hermosísima y ahí ya hay una lección de vida. Se convierte Freud en una especie de padre en relación con la existencia, porque yo no tengo padre, ni estoy reconocido por mi padre; entonces eso no es gratuito. Es decir, hay una cosa de la subjetividad que también te pone con ese encuentro. No gratuitamente yo me enamoré de Freud. Yo seguía su correspondencia. Él escribía hermoso; por algo se ganó el premio Goethe de literatura (1930). Uno encuentra ahí una orientación a la vida, una cosa de principios más allá de lo que pueda comprender o de lo que eso pueda aportar en términos intelectuales. Obviamente, es en el análisis donde uno se da cuenta por qué eso pegó en uno, qué de la subjetividad se puso en juego y eso hay que analizarlo como un síntoma, un síntoma analítico. Por

ejemplo, los dos primeros años de mi análisis yo no hablaba sino de recuerdos de citas de Freud, porque yo me aprendí a Freud, lo leímos tanto tiempo, por tantos años que lo aprendimos de memoria.

Yo me sabía a Freud de memoria, las páginas, las citas completas, por esa relación tan atravesada en la subjetividad; luego tuve que olvidarme. Yo era un terror porque me decían alguna cosa y enseguida sacaba la cita completa de memoria para decir que eso no lo estaba diciendo Freud. Claro, yo estaba joven, era una cosa de mostrarle al otro quién sabe más. Ustedes que son más jóvenes se dan cuenta de que eso produce cierto efecto en todos los que hemos entrado al psicoanálisis.

Entonces fue una cosa muy cartesiana, porque Freud tiene un punto cartesiano al partir de la experiencia íntima misma, es decir, Freud en *La interpretación de los sueños* es cartesiano, en el punto en que él a partir de sus propios sueños está produciendo teoría, igual que Descartes que con su propia vida, con su propia relación con la existencia produce eso que nos conduce a la apertura de la ciencia y que hace posible el descubrimiento del psicoanálisis: el pienso luego existo. Un poco esa es la experiencia de uno. Es a partir de la historia, de la búsqueda de un padre, si se quiere, en un momento de desorientación, de no saber qué hacer, de no saber qué se quiere ni para dónde se va uno, de estar ahí en un taller como cualquier muchacho en la vida, cuando se da ese encuentro, un Encuentro con mayúscula, como cuando uno se enamora, que es porque hizo un movimiento que si no hubiera hecho no le había pasado eso. Es un acontecimiento inesperado, que como te cogió en un instante y había algo en ti que permitía que se volviera acontecimiento te atrapó. Entonces ya empecé a llegar tardecito al trabajo, a irme más temprano, hasta que me echaron por ahí a los dieciseis años.

Después le dije a la familia que si me iban a dejar estudiar. Estudiar era que yo me iba para la biblioteca todo el día, desde por la mañana hasta por la noche. Ese fue otro momento complicado porque para todo el

mundo yo era un vago, porque el que no está en la academia es un vago. Entonces me tocó ser vago más o menos otros siete años más, porque me metí a hacer una validación pero se me pasaba el día del examen, porque a uno lo preparaban para presentar el examen, y a mí se me pasaba. Así que un día me metí a cuarto de bachillerato; como de veintitrés años más o menos tomo la decisión. Leía todo el día en la biblioteca y por la noche me iba a molestar la vida yo, ya bien viejo con veinticuatro años, pero los de por la noche eran también viejos, afortunadamente. Entré a cuarto pero me echaron de cuarto y me tocó buscar quinto en otra parte. Me iban a echar de quinto también pero me dejaron hacer sexto. Así, terminar la academia fue una decisión de no pelear con el Otro, de no oponerme más al Otro pero sin ceder, es decir, reconocer la academia como un medio para validar el saber que había construido.

Terminé bachillerato por ahí de veinticinco años y entré a la universidad aproximadamente a los veintiocho años; así que nada que ver con lo que se puedan imaginar. Enseguida cursé especialización, maestría y doctorado sin parar, por una decisión que estaba apoyada en un deseo, es decir, por más que me echaran buscaba en otra parte para seguir con el Otro por más que el Otro ya estuviera bien interrogado y bien caído para uno sin saber por qué. Después uno en análisis entiende de qué lo protegió eso, pero también al borde de qué estuvo. De alguna manera me supe servir del Otro sin saberlo.

Entonces, inicié en el psicoanálisis a los diecisiete años. No leí a Lacan hasta que llegué a París. Tenía entonces treinta y dos años. Fue una cosa sin parar. Entro a la universidad a estudiar sociología porque yo ya iba para París como desde los diecinueve o veinte años, o para Viena, porque este señor decía que Lacan era como el demonio del psicoanálisis, una cosa como maldita y mala. Entonces me quería mandar dizque para Viena, cuando allá no hay nada, ni siquiera saben dónde era la casa de Freud. Este señor decía que se iba a ir para Viena o para Alemania y de esa tropa hubo gente que se repartió por Alemania, Italia, Viena y, claro, esa gente allá

qué psicoanálisis iba a encontrar. Algunos encontraron el freudo-marxismo en Alemania y encontraron otra cosa que no era Lacan. Yo sí me encontré con Lacan un poquito antes de irme cuando ya me había despegado de este señor más o menos unos tres años después de trabajar con él.

Yo vine a encontrarme con Lacan a los treinta y dos años por un acontecimiento muy preciso. Fui donde Laurent a pedirle análisis porque allá estaba Mario, y Laurent me mandó adonde Miller. En ese momento ningún colombiano había ido adonde Miller, pues la idea que uno tenía de él era la de un señor muy bravo. Laurent me dijo que lo llamara de parte de él. Lo llamé y me recibió.

Hay acontecimientos que determinan la transferencia. Este señor me recibió a mí por lo que yo le podía pagar y nunca en la vida me dijo cuánto debía pagarle por sesión de análisis, sino que siempre fui yo el que decidí cuánto le pagaba. Es algo excepcional y eso me pasó a mí. Claro, eso puso una transferencia y por eso yo soy del campo freudiano y de la Nueva Escuela Lacaniana (NEL); por eso yo sigo la enseñanza de Miller. Estoy en desacuerdo con un poco de gente. Hay gente a la que ni le hablo, pero este hombre en un momento crucial de la existencia, cuando yo estoy en París trabajando vendiendo periódicos y en una charcutería, qué iba a imaginar que me podía analizar con ese señor. Yo voy y le digo: yo no le puedo pagar, usted verá, yo llegué a París de esta manera.

¿Cómo llegué yo a París? Llegué con el primer libro que escribimos, que Juan Guillermo Uribe nos lo publicó. A mí me tocaron veinte libros y yo los vendí. Después fui donde alguien que tenía una máquina de escribir —porque todavía no teníamos los computadores— y me escribí una cosa sobre el cuerpo y el dolor. Él me sacó como trescientos ejemplares y yo los vendí a mil pesos en la universidad. Me los compraron rápido y con eso me fui a París (risas).

Esto para situar en dónde se definió la elección de escuela. Independientemente de las diferencias yo elegí esa orientación porque hubo un acto solidario de alguien controver-

tido, de alguien del que ustedes saben todo lo que se dice, de un amo, como se dice. Hay un acto solidario en ese instante, tanto que me preguntó si yo tenía algún inconveniente para analizarme con él. Imagínense el lugar en que él se puso. Es muy particular ese acto. Él se puso en el lugar de división como si él fuera quien me estuviera a mí demandando, haciendo ese semblante. Ese acto signó un asunto que definió mi orientación y desde ese preciso instante empecé a leer a Lacan y empecé a asistir al seminario de Miller. Eso orientó mi lectura a Lacan. Empecé leer a Lacan con la misma intensidad que leía a Freud. La ventaja es que soy un lector consumado de Freud y enseguida empecé a leer a Lacan. Entonces yo trabajo Freud y Lacan al mismo tiempo con un cierta fluidez que me ha permitido esta historia particular, porque no hay método; simplemente, por esas cosas de la vida particulares, yo leí a Freud y después me puse a leer a Lacan, por ese encuentro.

Miren que son dos encuentros: un momento lógico en el que me encuentro con un cura loco y otro momento en que me encuentro con otro que dicen que es loco también (risas) y que realiza un acto de ese orden; obviamente gracias a este otro señor (Laurent) que por algo me envió allá y no a otra parte. Esos dos momentos lógicos, más la decisión de no pelear más con el Otro, sino de entrar a la academia —aunque eso no me importara, digámoslo así, porque yo estaba en otro cuento e iba para otro lado—, esos distintos momentos entonces definen la vida, definen la existencia completamente. Todos lo tienen que haber vivido; seguramente cada uno de ustedes vivió su encuentro de manera particular.

A veces la relación con la teoría se puede convertir en una resistencia para analizarse; eso operó en mí durante veinte años: nadie me podía analizar a mí. Si yo en Medellín era el que más sabía de Freud, ¿quién me iba a analizar a mí? Claro, imaginariamente. Entonces, yo por primera vez entré a análisis a los treinta y dos años después de estar desde los diecisiete en el psicoanálisis. Me demoré quince años leyendo, sin recibir pacientes y sin recibir un centavo, afortunadamente.

Esta es, muy resumida, mi historia de entrada en el psicoanálisis, que para cada uno es particular. Hay otros que entran por el análisis, porque están sufriendo. Otros entran por la universidad, se identifican con un profesor que les enseñó cosas. Cada uno se dará cuenta de que esto es muy atípico y muy distinto, así que no le pregunten a nadie cuál es la entrada correcta al psicoanálisis porque no existe; todas las entradas dependen de lo que uno haga. No hay entrada correcta ni incorrecta, la mía no fue por el análisis; la mayoría son por el análisis, menos mal. Yo creo que esa es una muy buena entrada.

M.M.: A propósito de este punto y después de la historia que nos ha relatado, ¿cuál es la opinión que usted tiene en este momento acerca de la historia y el desarrollo del psicoanálisis en Colombia?

H.G.: Yo creo que son cosas distintas. Yo creo que no se puede decir Colombia. En Bogotá la IPA² tiene mucha presencia, por ejemplo. No se aquí en Cali. En Bogotá la IPA tiene una gran presencia y los lacanianos tienen una característica y es que tienen unas elecciones ya muy constituidas y muy establecidas. También está la gente de la Nacional que ahora tiene el departamento de psicoanálisis, yo los conocí en París a varios de ellos con quienes formamos un grupo que duró varios años. Nos pusimos a leer juntos la agresividad en psicoanálisis; después llegaron argentinos y otras personas; era como un grupo americano. Trabajamos juntos hasta que algunos decidimos inscribir el grupo en la orientación de Miller. En ese momento ellos (los de Bogotá) inmediatamente se fueron y ahí quedamos otros trabajando en esa orientación. Eso fue una experiencia muy interesante porque leímos ese texto y cada mes iba alguien a hablarnos de un capítulo. Entonces fueron Colette Soller, Erick Laurent, Miller. De eso salió una publicación y yo escribí un texto con otros que también apareció allí. Era un momento muy rico porque era un momento de trabajo de los que estaban allá, había gente de Cali, Bogotá, Medellín y de distintas ciudades.

Bueno, en Bogotá la IPA tiene mucha tradición y los lacanianos difícilmente se pueden juntar porque tienen transferencias distintas, ya hay posiciones tomadas, ya hay historias que están registradas de una cierta manera, hay los rasgos de cada uno, lo insostenible de lo que llaman el objeto a en cada uno, la dificultad de soportarse. Entonces eso tiene una historia.

Ana Claudia Delgado: Eso es en todas partes.

H.G.: Sí, en todas partes. Bogotá tiene una historia particular. Esa no es la historia de Medellín porque en Medellín la IPA no ha tenido lugar, no ha tenido tradición. En Medellín se podría decir que casi todos somos lacanianos, salvo los kleinianos que había y algunos que quedan de la época de los señores argentinos. De resto están: la tercera, que son lacanianos y que surgen de la separación de los carteles que fundaron Ramiro Ramírez y Gustavo Arredondo cuando regresaron; ellos son los primeros que volvieron de quienes se fueron a París y fundaron los carteles de Medellín que sobrevivieron durante cierto tiempo y luego tuvieron una escisión, quedando los de la tercera; prácticamente los carteles desaparecen y queda Marcela con este grupo que tiene transferencia con Allouch y son lacanianos. Están los foros, que aparecen de la división que se produce en el 98 entre Miller y Colette Soller. En ese momento nosotros trabajábamos con Luci en lo que se llamaba la Fundación Freudiana de Medellín en esa época; todos juntos, los de los foros y nosotros Medellín fue una de las ciudades a las que más fuerte tocó esta escisión. En Argentina no fueron tan fuertes los efectos que tuvo, como fueron en Brasil y en otros lugares. En Medellín fue muy fuerte porque nosotros éramos como cuarenta y se fueron más o menos treinta y cinco o treinta y seis; quedamos tres o cuatro.

Así, en el 98 en Medellín quedan los foros y quedamos nosotros. Fundamos un grupo que se llamaba Praxis y luego se funda la NEL en Buenos Aires y quedamos como una sede de la NEL, escuela de la NEL, Juan Fernando Pérez y Mario Elkin Ramírez;

2. International Psychoanalytical Association.

después se sumaron Gustavo Arredondo y José Fernando Velásquez que en ese tiempo no estaba muy decidido y hoy es una de las personas que está al frente. Junto a ellos estaba yo. Quedamos entonces nosotros cinco para rehacer el asunto, para rehacer las cosas. Lo que existe ahora fue reconstruido. Fue muy duro porque éramos algunos muy amigos, muy entrañables. Mi ex mujer, por ejemplo, es de los foros; en esa época nos habíamos ya separado.

Entonces están los foros, está la tercera, estamos nosotros y hay unos pequeños grupos marginales, entre los que incluso hay todavía residuos por ahí de ese señor que ya se murió y por el que entramos nosotros al psicoanálisis. En ese sentido, en Medellín sí hay una mayoría lacaniana. La relación con los foros es muy tranquila y amable. Ya pasó ese furor de la escisión; cada uno trabaja por el psicoanálisis. Los muchachos más jóvenes van a un lado y al otro sin problema y después van eligiendo a partir de los elementos que van construyendo. Entonces, si están allá muy bueno, si vienen acá muy bueno y si finalmente se engancharon están en el psicoanálisis. Eso es una cosa tranquila, salvo dos o tres apasionados negativamente; de resto hay gente de la NEL que va cuando hay eventos con alguien de ellos y viceversa. En el trabajo diario sí hay una decisión distinta.

Aquí de Cali yo tengo una impresión desde afuera, y es que para las cosas concretas llega mucha gente pero para el trabajo diario no. Me parece que hace falta el trabajo con el día a día. No sé si tiene que ver las características de la ciudad, ciertas cosas culturales que me parece que hay que mirar, pero es una cosa muy singular. Yo veo ahora toda la gente que hay en este seminario y normalmente es así: llega mucha gente cuando viene alguien, pero día a día hay tres o cuatro. Seguramente hay características personales. La gente en el psicoanálisis es muy difícil. Uno siempre supone que las gentes del psicoanálisis deberían ser las mejores personales porque va a un análisis, pero en realidad son más difíciles porque es la gente más loca (risas). Por algo vamos a análisis tanto tiempo, porque somos muy locos. ¿Ustedes se imaginan a los que

después de veinte años de análisis y todavía siguen siendo tan locos cómo serían, qué iba a ser de la vida de ellos? Sin embargo, con toda esa locura tienen un deseo y trabajan, están vivos y relacionándose con el saber. Hay gente que con toda seguridad si no es por el análisis no sé que habría sido de ellas. Es muy difícil, gente muy elitista, gente muy calculadora, gente que no se relaciona con el otro sino en función de un cálculo. Hay otros que son muy tranquilos, ustedes lo ven con aquellos que invitan y que vienen.

Observen todas esas características y verán que todos los psicoanalistas somos distintitos. Nadie puede decir los psicoanalistas. No. Se trata de ese señor o de esa señora. Eso es algo que hay que aprender porque el psicoanálisis tiene la particularidad de ser una disciplina que no la separan de la vida; por eso es tan delicado. Es decir, si un médico se equivoca y mata a una persona, ¿quién cuestiona la medicina? Nadie. Pero si en el psicoanálisis pasa alguna cosita de esas, por ejemplo, que por un error de uno se le suicide un paciente, ¿quién queda en cuestión? Todo el psicoanálisis se cuestiona. Es algo distinto, es una disciplina inseparable de la vida; por eso uno tiene que tener como ser humano cierto cuidado, porque el psicoanalista no existe, es una hipótesis que uno tiene que estar demostrando. Es decir, nadie es psicoanalista sino por hipótesis; el psicoanalista no existe más que si se demuestra que hay psicoanalista por los efectos que se producen.

Uno encuentra una forma de legitimarse frente al otro en la vida y una de las formas es esta. Sin embargo, al mismo tiempo hay la particularidad de lo que se llama la extraterritorialidad y es que como esto no se inscribe en un asunto legal establecido, eso hace muy difícil para los jóvenes, de cara al futuro, pensar: ¿Qué hago yo con esto? Y al mismo tiempo hace muy difícil sostener el psicoanálisis en cualquier lugar porque depende de las personas. Desaparecidas las personas, si no se hizo un trabajo para que haya relevo generacional es como si el psicoanálisis no hubiera pasado por ahí, de un día para otro desapareció y ya. Es decir, el psicoanálisis no lo sostienen más que los

psicoanalistas. No es como la psicología que la sostiene el Estado. Los analizantes existen porque hay psicoanalistas, mejor dicho, los psicoanalistas tenemos que ser analizantes permanentes; cuando hablamos, cuando transmitimos, esa posición es de analizantes porque tenemos que estar atentos con el inconsciente; eso tiene que ver con una responsabilidad con las personas. Uno sí puede decir que es más confiable alguien que va a análisis, alguien que controla, alguien que está atento con el inconsciente; por loquito que lo vean es mucho más confiable que el otro que es un señor, que tiene su familia, sus hijos y que es lo más maravilloso que hay. Los comandantes nazis eran así. Dice Hannah Arendt que los comandantes nazis eran horripilantemente normales, eran los seres más normales que existían, buenos padres, ejemplares, cuidadores de su familia, de sus hijos, con principios, pero estaban convencidos de que tenían que defender a su familia de esos judíos; los podían matar sin ninguna culpa y no eran ningunos perversos, era gente muy normal. Entonces, la gente tan normal es muy sospechosa. Yo prefiero ese que es como medio loquito pero tiene una cosa bien decidida y que no retrocede, a ese tan normal.

Marino Segura: Ayer nos decía Allouch algo similar sobre la interpretación de la frase “El psicoanálisis debe ser foucaultiano”. Él decía que esta frase va en el sentido de la personalidad, en el sentido de que un psicoanalista debería ser una persona diferente e inquieta, un poco en los términos que usted acaba de definirlo, un poquito loco. El psicoanálisis tiene esa característica inherente en sus practicantes.

H.G.: No vamos a hacer una apología del desorden (Risas), pero la excesiva normalidad es muy sospechosa, es decir, ese tipo de psicoanalista [normal] lo produce una buena psicoterapia; una buena psicoterapia produce un buen marido, un marido estable que logra conservar su matrimonio. Eso es el análisis cuando se mira a la manera de la identificación con el analista, por eso el analista de estas orientaciones de la IPA tiene que ser un hombre modelo, hasta tenían que

ponerse la corbata de tal color, la camisa de tal color porque eso tenía toda una razón de ser en el análisis; gente bien puesta, gente que no fuera pregenital –porque los pregenitales son los perversos–, sino gente bien genital, es decir, gente que tiene su esposa, que no es infiel, que ya logró conquistar ser fiel, que además no se puede separar, que además tiene lo que debe tener un neurótico corriente, es decir: casa, carro y mujer (risas). Si uno puede tener eso, pues bien, pero no que eso sea el punto de orgullo, que por eso uno se ha analizado. Un buen neurótico obsesivo sin análisis puede hacer eso mismo y no necesita diez o quince años de análisis. Muy bueno si uno logra sostener un matrimonio, tener su mujer, pero ese no es el criterio en todo caso; eso hace que la relación con los psicoanalistas sean muy difícil y la institución sea muy difícil, porque la institución lo pone a prueba a uno en el punto de ser capaz de soportar al otro. Además, en la institución usted ya conoce los síntomas de cada uno, conoce el síntoma fundamental de cada uno, entonces simplemente se trata de cómo uno logra no pelear con el síntoma del otro, para no desgastarse con el síntoma del otro y puede estar ahí y puede soportar al otro.

Todo esto hace que la institución sea una cosa muy difícil; además, la política de la institución uno no la comprende sino cuando se mete en los grandes encuentros, porque desde afuera usted puede interpretar que son unos regalados que prenden velas aquí y allá. No. Es un asunto político. Esa política es muy difícil de entender, es muy difícil de comprender por fuera; por eso usted puede ser muy trabajador en términos de escuela localmente, pero si no se hace conocer afuera haga de cuenta que usted no existe, al menos en esta donde estoy yo. Seguramente hay otras donde son menos complicadas las cosas, pero en esta sí. La institución es como un lugar en donde cada quien debe hacerse un escenario para que ponga en operación el deseo y si eso se lo facilita bienvenido; si ni siquiera se lo facilita es porque no sirve, pero eso también depende del momento del análisis de cada uno; la relación con la insti-

tución no puede ser por fuera del momento del análisis de cada uno.

Me parece, entonces, que son momentos que no pueden hacerse una cosa homogénea sino que la relación con el psicoanálisis depende de esa particularidad de cada momento y cada lugar; luego, hay que pensar más que para Colombia para Cali. ¿Cuál es el momento de Cali en esa relación? ¿Cuál es el momento de Bogotá y cuál es el momento de Medellín? Por ejemplo, ¿qué momento lógico conquistamos en Medellín? El de una escuela tranquila, donde uno respeta al otro, donde hay respeto mutuo, cosa muy difícil en el psicoanálisis en el que es muy común que cada uno desautorice al otro. Ahí sé conquistó eso; estamos en un lugar tranquilo, la gente va tranquila, cada quien va haciendo un recorrido y por su propia motivación en un momento dado le da por decir quiero se asociado, en un momento dado se mete a análisis y él verá con quién. Normalmente se eligen los de la escuela sin presionar a nadie; eso no se puede imponer. Nosotros encontramos un momento tranquilo después del 98; ya llevamos diez años reconstruyendo con los que han llegado. Es un espacio muy tranquilo sin ser una cosa maravillosa del estilo de que nos queremos, nos amamos, nos juntamos y paseamos juntos. No. Nos juntamos para trabajar no más; en ese punto de trabajo hay solidaridad, hay respeto y hay una cosa muy acogedora para la gente joven. Yo puedo decir lo que hemos conquistado en Medellín, pero eso es una conquista. No es que en Medellín seamos unos virtuosos que sí nos sabemos relacionar y otros no. Es una conquista progresiva.

A.D.: Y que no habla por la NEL de Cali tampoco. Cada uno con su especificidad.

H.G.: Claro, cada uno con su especificidad. Es muy importante que ustedes puedan leer la especificidad de acá en relación con eso, y yo siempre pienso que para este momento que vivimos del psicoanálisis, en el que se halla exclusión en todos los lugares, cuando ya tiene cierto recorrido puede dedicarse a ciertas cosas, pero en principio el psicoanálisis es más bien un trabajo por la

subjetividad, sin ni siquiera uno nombrar la palabra psicoanálisis, porque como eso está inscrito en el imaginario de maneras tan complicadas, entonces de cada uno de nosotros depende la inscripción del psicoanálisis. Es decir, no se puede entrar a descalificar lo otro, por ejemplo, no se puede entrar a descalificar la psicología, sino mostrar modestamente uno que puede aportar a una cosa que nos convoca a todos los investigadores que es la problemática social tan particular que vivimos. Lo que dijiste hace un mes de Colombia hoy ya es falso, porque aquí pasan las cosas con una velocidad impresionante y cambian las lógicas con una rapidez absolutamente impresionante; entonces, ese real tan complicado nos convoca a todos los que tenemos de alguna manera algo que ver con lo humano.

Me parece que ahora los psicoanalistas tenemos un compromiso con el asunto social, tenemos que salir del consultorio, salir de esa posición cómoda. Yo creo que la formación mía es más bien la de ese tipo de psicoanalista que toma una posición política. La posición política no es la del sentido de ser militante aquí o allá, sino la de un compromiso que yo he adquirido con el asunto social y por eso los problemas de reflexión míos siempre están cercanos a pensar cómo poner a operar la clínica en la dimensión social para demostrarle al otro cómo es que el psicoanálisis sirve para alguna cosa, sin ceder en los conceptos y sin ceder en los principios. Es decir, es buscar cómo sin ceder uno puede darle un lugar al otro, se hace dar un lugar del otro y se hace escuchar del otro. Es un trabajo permanente para poder uno lograr cierta inscripción y que en un cierto momento lo escuchen.

M.M.: Usted está tocando un punto que es muy importante para nosotros. Sabemos que usted es una persona que ha estado en diferentes ámbitos de transmisión del psicoanálisis; por una parte la universidad en su labor como docente en el departamento de psicoanálisis de la Universidad de Antioquia, y también como estudiante en programas de maestría y doctorado; y por otra parte otro escenario de transmisión del psicoanálisis como la Escuela, para usted en particular la NEL en

Medellín. Nos gustaría saber su apreciación con respecto a estos ámbitos de formación de psicoanalistas. Además, hace un momento usted decía “nosotros los investigadores sociales” y en particular a eso va dirigida esta pregunta: ¿Cuáles son los matices que han adoptado en el departamento de psicoanálisis de la Universidad de Antioquia para apuntar a una transmisión del psicoanálisis?

H.G.: Lo que pasa es que el departamento de psicoanálisis tampoco es homogéneo; allá hay una mezcla, hay unos que son antilacanianos, otros que son antimillerianos y otros que hemos tomado otra decisión. Cuando yo digo Miller no me refiero a una persona sino a una orientación, orientación clínica, orientación teórica y orientación política. Entonces en el departamento lo que tenemos son diferencias y más bien nos soportamos porque estamos en una institución pública en donde todos tenemos los mismos derechos; ahí tenemos que estar, ahí nos tenemos que ver y a nadie lo van a echar porque ha elegido una orientación u otra. Así que lo mismo que vale el uno vale el otro. Digamos que como departamento hay una cierta falta de orientación porque tiene que haber una laxitud y relacionarnos con todos.

A.D.: ¿Cuántos profesores son?

Somos unos siete profesores de tiempo completo que tenemos una maestría y tenemos un área menor en filosofía. El Instituto de Filosofía es muy fuerte. Son profesores que todos han hecho doctorado, uno en Spinoza, otro en Nietzsche; mejor dicho, cada uno es un especialista en un filósofo. Desde hace cuatro años para acá los estudiantes de la carrera de filosofía pueden tomar como área complementaria materias de física, literatura, psicoanálisis y esa es una parte importante de sus carreras. Nosotros arrancamos como con dieciseis cursos para estudiantes de filosofía, pero eso ya lo redujimos como a doce cursos; entonces, algunos de estos muchachos escogen psicoanálisis y son con quienes podemos discutir asuntos de la relación entre el psicoanálisis y la filosofía. Esto nos sirve mucho a nosotros porque nos hace estudiar filosofía, porque los cursos que se hacen allá no son

iguales a los que se hacen en otras carreras; son cursos de psicoanálisis para filósofos y eso lo tenemos como criterio. No es lo mismo un curso de formación del inconsciente para filósofos que el mismo curso para sociólogos. En filosofía nos acercamos más a la discusión epistemológica y a la discusión filosófica sobre el asunto.

Bueno, tenemos un trabajo fuerte con los de filosofía pero en general también en otras carreras en la universidad tenemos cursos de psicoanálisis, en matemáticas, en lingüística. Sin embargo, hay libertad de cátedra; las posiciones de cada uno son muy distintas.

En lo que a mí respecta, considero que uno se tiene que cuidar mucho de la universidad, porque finalmente la universidad está orientada para que todo se transmita como una entrega de conocimiento para que se acumule y no un deseo. Entonces los que transmiten psicoanálisis a la manera universitaria no logran nada. Haga de cuenta que es cualquier otra materia que el muchacho vio como ve cualquier otra cosa; eso igual le va a transmitir algo como si estuviera muerto y se habla de Lacan como otro que se murió, porque en la universidad es así: usted transmite a un autor que es un muerto, entonces se busca que los estudiantes vean un poquito de todos esos muertos que ya no existen, que ya no valen nada. Usted se los estudia y eso es la universidad. Es decir, por ningún lado está un autor tratado como alguien vivo, que sería lo que pasaría con los clásicos. Un clásico es un autor que trasciende el tiempo y que todo el tiempo está vivo. No es lo mismo aquel que habla de Freud porque ha tenido una experiencia en la que ha sido atravesado por esa teoría en cuerpo, piel y vida, que otro que estudió a Freud, que ha leído y entonces está haciendo un curso de introducción al psicoanálisis, y entonces por ahí mismo ven a Winnicott, a Klein y a otros, pero no pasa nada con esos estudiantes, no se transmite ningún deseo.

La transmisión universitaria se caracteriza por el cuidado de que no se transmita ningún deseo por el saber, sino más bien que sea un saber que se acumula y no un saber que se

construye, un saber que se repite y no un saber siempre por construir que se relacione más con la verdad del sujeto. De acuerdo con eso, a uno le toca estar todo el tiempo cuidándose de la universidad para no volverse universitario sin pelear con la universidad, para que ahí haya analista. No analista del que se queda callado y no le responde al otro, sino en el sentido de que haya un saber que verdaderamente toque con el otro como sujeto, que lo toque en la vida, que lo toque en la existencia, que lo atraviese en algún punto, que no salga de ahí igual a como entró a ese curso, como en una sesión analítica. Me parece que hay algo semejante ahí: si usted está en análisis y sale siempre igualito no está en análisis. Así que si un muchacho ve un curso de esos y sale como si nada pues no se hizo nada, pero si al menos tres o cuatro salen tocados y eso tiene un valor de marca y un punto inolvidable, ahí hicimos nuestra labor.

Esa es la apuesta que uno tiene en la medida en que no se inscriba en el discurso universitario en el sentido lacaniano, es decir, que uno no se coloque en el lugar de comando como en la encarnación de un saber. Por eso ustedes ven el semblante de Allouch; no es porque sea caprichoso que algunas veces dice “no sé contestarle eso”, no es porque no quiera contestar. Por ejemplo, si se trata de un asunto clínico y uno no ha escuchado personas en esa vía uno no sabe nada de eso, para qué se va a poner a repetir sólo la teoría sobre eso. Me parece que este punto es muy importante en la universidad, porque ese no saber implica que uno siempre está en la posición de querer saber algo; por eso en ocasiones las preguntas ingenuas son mucho más valiosas que aquellas que hace otro desde una posición que aparenta que sabe y ha leído. Yo prefiero la pregunta ingenua, me hace pensar más y es más difícil contestarla. Si usted me hace una pregunta planteada teóricamente a mí no me parece tan importante eso. Sí es muy importante la teoría, pero no es lo fundamental ya en cierto momento de la relación con el psicoanálisis y me parece que en la universidad eso tiene que hacerse prevalecer.

Entonces, se trata de que en esos jóvenes con los que nos encontramos en cierto momento logremos un efecto inolvidable en quien es posible. A pesar de la desidia que hoy hay, del desinterés por saber y todo eso, sigue habiendo muchachos excepcionales. Ustedes mismos al estar aquí hoy sábado en lugar de estar bailando o haciendo otras cosas (risas) ya son excepcionales al estar en esta cosa tan aburridora oyéndome a mí, ya hay una posición distinta.

Básicamente, por la experiencia que yo he tenido, en la universidad hay una lucha permanente para uno hacer existir el lugar del analista y en ese sentido me parece que hay una cosa muy precisa: un muchacho en la universidad puede encontrarse con el deseo de ser analista, que es un deseo como cualquiera, como el deseo de ser abogado, psicólogo o ingeniero, pero el deseo de analista no se encuentra en la universidad, el deseo de analista ya no es un ideal. El deseo de ser analista es un ideal y en la universidad se puede encontrar. Una de las cosas que le puede aportar la universidad al psicoanálisis es que un muchacho diga “yo quiero ser analista” y empiece a estudiar y a trabajar. Pero el deseo de analista no se encuentra en la universidad, se encuentra a través de un análisis personal, es un hallazgo, es un deseo que no tiene historia, que no depende de identificaciones. No es que desde que yo estaba chiquito ya se me estaba viendo esa capacidad (risas), como dicen de los artistas.

¿Qué le aporta la universidad a la formación de psicoanalistas? Le aporta una formación teórica que es muy importante, incluso hay prácticas que se pueden hacer en los hospitales y en otros lugares. Aporta el encuentro con el deseo de ser analista.

¿Qué hay que buscar por fuera de la universidad? El deseo de analista, que es otra cosa. Por eso volver el psicoanálisis una carrera universitaria es acabar con el psicoanálisis porque desaparece algo fundamental con relación a lo cual el psicoanálisis se sostiene y sigue vivo, que es el deseo de analista. Sin eso no tenemos analizantes, verdaderos analizantes, no tenemos psicoanálisis, desaparecemos.

Allí donde encontraría el éxito al ser aceptado por la universidad, y convirtiéndose en una carrera universitaria desaparecería el psicoanálisis, así que no sé en dónde estaría el éxito. Miren qué paradoja. De esa forma entraría en un currículo y usted con trescientas horas de análisis puestas en un pensum universitario ya tiene. Sería como una materia. Entonces, la relación con el psicoanálisis en términos de lo que significa como atravesamiento por la subjetividad desaparece para convertirse en una relación fría, técnica, de horas acumuladas, de competencias y de todo esto que define la educación.

M.M.: Creo que para resolver eso en el departamento de psicoanálisis de la Universidad de Antioquia han propuesto una maestría en investigación psicoanalítica, no una maestría en psicoanálisis.

H.G.: Sí, pero puede ser una maestría en psicoanálisis. Simplemente hay que saber que eso no autoriza la práctica psicoanalítica, pero cada quien, según cómo se relacione con los cursos, puede construir ese deseo. Hay algo que se sale de las manos, por ejemplo, a la hora de una legislación que diga que quien no sea psicólogo o psiquiatra no puede hacer clínica, pero igual puede haber psicólogos que hagan la maestría y nunca vayan a un análisis y quizá puedan decir que son psicoanalistas.

Puede decirse maestría en psicoanálisis; nosotros preferimos decir en investigación psicoanalítica porque en realidad lo que aporta la universidad es una reflexión sobre cómo se investiga con el psicoanálisis y cómo formar un investigador, que es la apuesta de una maestría: formar un investigador en el psicoanálisis que pueda estar en un espacio con investigadores sociales y pueda hacer valer el psicoanálisis en ese lugar desde el punto de vista epistemológico, desde el punto de vista de la metodología de investigación. Es decir, la apuesta es formar investigadores, que salga un investigador con el psicoanálisis que cuando aplica el psicoanálisis a un fenómeno social su pregunta sea cómo hacer que eso siga siendo psicoanálisis a pesar de que esté siendo aplicado a un fenómeno externo al psicoanálisis, a un fenómeno social como la guerra, por ejemplo.

Esa es otra dimensión que la universidad puede aportarle al psicoanálisis: la de formar investigadores, pero también se puede introducir allí la clínica; también hay un componente clínico que la universidad aporta. Lo que queda pendiente es el asunto de los controles, el del deseo del analista, el análisis personal y todas estas cosas que tienen que hacerse por fuera. El reto es articular lo que ofrece la escuela y lo que ofrece la universidad y cómo articular esas dos cosas sin que la universidad entre a pelear con las escuelas. ¿Qué ofrece la escuela y qué ofrece la universidad para la formación de un analista? En lugar de hacer un corte es más bien poder definir los límites y las posibilidades de cada lado y buscar cómo se pueden articular esas dos cosas. En este momento estamos haciendo esta reflexión. En la escuela también nos planteamos la cuestión investigativa, la pregunta de cómo investigar con el psicoanálisis. Hay grupos de investigación en las diferentes escuelas, están los carteles y también hay grupos de investigación que se conforman.

Definitivamente, los muchachos que ingresan al psicoanálisis se encuentran en la universidad y normalmente estudiando psicología, eso es innegable, así que para mí los psicoanalistas tienen que estar presentes en las universidades, no aquellos que dicen “yo soy psicoanalista”, sino alguien que está en la universidad y tiene la capacidad de demostrar que ahí hay analista y que va creando un espacio y una transferencia, que va mostrando eficacia.

M.M.: A propósito de la transmisión del psicoanálisis, esta es una de las preguntas que nos suscita mayor expectativa por el momento que vive actualmente el Colectivo de Análisis Lacaniano (CANAL) ¿Cuáles serían algunas recomendaciones de su parte para consolidar una labor de transmisión y difusión del psicoanálisis?

H.G.: Mucha prudencia, mucha decisión, mucho entusiasmo, no en el sentido de esa alegría efímera que se produce cuando hay un gol de su equipo, sino mucho entusiasmo con la vida y con el saber, una alegría íntima que se mantiene a pesar de la desesperanza que el psicoanálisis suple, porque si el psicoa-

nálisis no supone demasiada confianza en el otro, demasiada confianza en la normalidad, demasiada confianza en Dios, entonces hay una desesperanza, pero la cosa es cómo uno ser un entusiasmado en la desesperanza. Me parece que cuando los jóvenes entramos al psicoanálisis somos muy imprudentes, vivimos interpretándole a todo el mundo las cosas, nos volvemos persecutores del otro, somos muy mamones para el otro.

No hay que mostrar el psicoanálisis como si tuviera una superioridad en términos epistemológicos, ni en términos conceptuales; siempre hay que tener modestia, demostrar qué aporta en la actualidad al rescate de la subjetividad, presentarnos como personas que trabajamos por la subjetividad, entendida la subjetividad como aquello que no se puede medir ni se puede localizar cerebralmente, aquello que es el odio, la envidia, los celos, las rivalidades, los sentimientos éticos, esa es la subjetividad, es el amor. Así que nosotros aportamos una clínica y una teoría sobre eso; eso es lo que hace un psicoanalista. Y como eso no lo piensa desde la descripción estadística, entonces nosotros nos vemos más cercanos a la vía cualitativa sin que ese sea nuestro método de investigación; es una vía que también permite una medición, pero es una medición distinta a la cuantitativa. No pensamos la científicidad porque las cosas se puedan medir cuantitativamente; cuando se trata de lo cuantitativo se introduce la dimensión explicativa y para esta dimensión se necesitan conceptos. Entonces, rescatamos la dimensión del concepto en la medida en que nos ocupamos de una cosa que no se puede cuantificar y que en ese sentido nos obliga a una reflexión, a una discusión permanente, a una ordenamiento de los datos distinto, a una manera distinta de operar con las fuentes. Eso hace que la veracidad de los que sostenemos no dependa de la cantidad de personas que escuchemos; eso nos mete en otra lógica investigativa. ¿En cuál universidad dicen que lo cualitativo no sirve? Entonces nos tenemos que incluir ahí, sin hacer investigación cualitativa propiamente dicha, porque tenemos que pensar cómo diferenciarnos de lo cualitativo. Pero esa es una lógica en la cual nosotros nos podemos

enganchan en la universidad y en esta lógica que estamos viviendo en este momento para poder ocuparnos de la subjetividad. Nosotros tenemos que aportar una reflexión, una teoría y una experiencia sobre la subjetividad, y no estamos diciendo que lo otro no existe; lo otro existe pero no explica esto, no tiene cómo explicarlo.

Lo otro que defendemos es una cosa muy sencilla desde el punto de vista disciplinar. Si cada disciplina tiene su objeto, ¿qué estamos intentando nosotros? Que, como dice Freud, lo psíquico se explique desde la psíquico y no desde la biológico porque mal haríamos en pretender que lo biológico se explique desde lo psíquico. Entonces, ¿por qué nosotros no vamos a defender el estatuto de lo psíquico, que en tanto psíquico se tiene que explicar con conceptos que apunten en esa dimensión? ¿Cómo le voy a decir a un médico que le voy a explicar el funcionamiento de los órganos y voy a tomar un modelo psíquico para hacerlo? Eso desde el punto de vista epistemológico ¿de dónde se sostiene.

Y ¿qué es lo psíquico? El vínculo social es la subjetividad, lo que se produce en los vínculos cuando uno se relaciona con el otro. Ahí es donde aparecen el amor, el odio y los celos. De eso nos ocupamos. Defendemos que esos problemas de sufrimiento como la tristeza y la angustia que se producen es en los vínculos sociales y no dependen de las funciones físicoquímicas, no dependen de un neurotransmisor. Ahí lo que hay es una discusión epistemológica. En ese sentido, cuando decimos subjetividad estamos diciendo igualmente social, porque la subjetividad no se produce sino en la relación con el otro ¿Cómo surge la subjetividad? A partir de la necesidad, ¿cómo surge la subjetividad del cuerpo? ¿De qué subjetividad hablamos cuando nos referimos al cuerpo? La discusión hay que tenerla es en esos términos. Como la psicología no nos ofrece una herramienta para poder decir que lo psíquico hay que analizarlo desde lo psíquico, en cambio la fisiología si se ofrece a la medicina, entonces terminamos estudiando lo psíquico a partir de lo físico y cedemos el lugar a los neurólo-

gos. Por ejemplo, los psicólogos cuando remiten a un niño hiperactivo a un neurólogo.

En ese sentido, el colectivo debe tomar una vía por la subjetividad, comprenderla como la comprendemos desde el psicoanálisis, que es el sujeto dividido (S), el que está en relación con la muerte, con la locura, con el sufrimiento, con las separaciones, con los duelos, es el sujeto dividido por esas cosas que quién puede negar ¿Quién les va a decir a ustedes que eso es poesía barata si todos lo estamos viviendo diariamente? Pues exactamente de eso nos ocupamos nosotros. Usted puede medir cuántos muertos ha dejado esta guerra, pero usted no puede medir cuál es la posición que un sujeto tiene con respecto a la destrucción y ahí estamos en el terreno del sujeto de la enunciación. Cuando hablamos del sujeto de la enunciación nos remitimos al examen de la posición del sujeto frente a sus actos. Cuando hablamos del sujeto del enunciado nos ocupamos de lo que dice y eso puede ser objeto de una encuesta, puede ser objeto de una medición con una prueba, podemos cuantificarlo, podemos medirlo. Pero cuando nos preguntamos por su posición en su relación con la droga, con la destrucción, con el otro, estamos hablando del sujeto de la enunciación. Pues bien, de ese sujeto nos ocupamos, del sujeto de la enunciación; ahí se introduce la particularidad y con eso nos oponemos a la masificación de los estándares, nos oponemos a la homogenización de las personas que ni siquiera a nivel orgánico se puede sostener porque a unos les cae mal una pastilla y a otros no y a otros hay que preguntarle si son alérgicos a la penicilina ¿Eso no quiere decir que incluso a nivel orgánico la cosa no puede ser homogénea?

Entonces, se trata de que hagamos las cosas mostrando esa dimensión para poder defender la particularidad, lograr que nos escuchen y uno escuchar muy atentamente porque, como dice Lacan, no podemos criticar las cosas sino yendo a sus fundamentos. Así que estudiemos muy bien los fundamentos de estas cuestiones, lo que es la cuestión cuantitativa, el cognitivismo, el conductismo, para poder nosotros entrar en una discusión de tú a tú en la institución

universitaria. Pero es en términos epistémicos y en términos prácticos. ¿De qué práctica se trata? ¿De qué experiencia se trata? ¿Qué concepción de ser humano tenemos? Concepción de ser humano, no nos dé miedo llamarlo así.

Todo el mundo está hablando de sujeto hoy, todo el mundo está hablando del otro hoy: antropólogos, sociólogos, politólogos. El otro ni siquiera es un concepto que tenga una inscripción concreta producto de una disciplina, porque usted lee a Lévinas y tiene una teoría de la alteridad para hablar del otro; con Ricoeur pasa lo mismo; Hannah Arendt también tiene una teoría del otro. Todos estamos hablando del otro. ¿Y entonces?

Cultura, ¿Es este un concepto que se ha producido en una disciplina específica en las ciencias sociales? No. Todos tenemos una teoría sobre ella: los sociólogos, los psicólogos, los psicoanalistas. Eso es lo que yo he llamado conceptos que producen entrecruzamiento, los cuales nos dan la posibilidad de la discusión interdisciplinaria. Son conceptos que no nacen en una disciplina específica, como por ejemplo Cultura, Ley, Cuerpo. Tenemos una teoría de eso y nos permite conversar con los demás.

Si vamos a hablar de los principios del psicoanálisis podríamos mirar, por ejemplo:

La pulsión. Eso nace en el psicoanálisis y es distinto a otros conceptos, por lo que ahí hay un principio que define nuestra posición para pensar la sexualidad, la agresividad y el ser humano. En eso no podemos ceder.

La transferencia. Otros la llaman empatía, algunos de otra forma, pero todos saben que hay algo. Nosotros la llamamos transferencia y mostramos cómo funciona.

Compulsión a la repetición. Los otros en el sistema de salud dirán que cuando alguien tiene una compulsión eso ya no es una atención de primer grado, sino como de segundo grado, algo más complejo. Pues bien, nosotros tenemos un concepto para pensar eso. Tenemos otros saberes, tenemos una clínica.

Esa sería la idea: ser muy respetuosos con el otro sin ceder, y ser respetuosos significa que seamos capaces de escuchar y de pensar con eso para poder hacer una enseñanza. Tomen los textos de Freud, el del chiste, el de la psicología de las masas y se darán cuenta de que cada vez Freud hace un estado de la cuestión y empieza a mostrar a los clásicos. Por ejemplo, en *Psicología de las masas* muestra lo vigente que está el instinto gregario y le va haciendo un recorrido fenomenal y resumido por todos los autores y las concepciones que hay y al mismo tiempo le va metiendo lo que él va a mostrar de novedoso, lo que no está dicho, lo que no se ha investigado, el problema ambiguo, el problema que él nos va a mostrar, y se lo lleva a uno así. Pues bien, aprendamos eso.

En el texto del chiste pasa lo mismo: muestra todas las teorías sobre el chiste, sobre la risa, las teorías sobre lo cómico y enseguida nos muestra por qué eso es una formación del inconsciente, algo completamente inédito, completamente novedoso y ¿quién se queda pensando que eso es una cosa metida a la fuerza? Nadie. Tenemos que proceder por método para poder introducir qué es lo que nosotros tenemos para decir. Pero tenemos que ser serios, hacer serie y ser serios. Y más serios todavía en la medida en que siempre hay un ojo sobre nosotros, lo que Lacan llama transferencia negativa: no quitarle al otro los ojos de encima. Entonces, sí que tenemos que ser serios porque el otro no nos quita los ojos de encima.